Todo educador necesita interactuar con sus alumnos para promover y acompañar su aprendizaje. En consecuencia, la tarea educativa es profundamente comunicacional. En relación con esto, el presente texto reflexiona acerca de las capacidades que es preciso desarrollar y los recursos necesarios para formar educadores capacitados en este sentido.

EDUCACIÓN Y COMUNICACIÓN EN LA EDUCACIÓN SISTEMÁTICA

Quien se elige como educador se elige para estar siempre entre otros seres humanos... comunicándose.

Una afirmación semejante suena como demasiado trivial, ¿acaso no estamos siempre entre, con los otros? ¿Desde cuándo hay profesiones en las cuales no tengamos la necesidad de insertarnos en un contexto social?

De acuerdo, los seres aislados, ajenos a todo lo que ocurre en su entorno, no forman parte del concierto de las diferentes salidas profesionales. Pero en el caso del educador ese *estar* va mucho más allá de las relaciones que a diario mantiene un abogado con sus clientes o un médico con sus pacientes.

La tarea del educador es profundamente comunicacional porque necesita interactuar con sus educandos de manera de promover y acompañar sus procesos de aprendizaje. Y puesto que el aprendizaje consiste en la apropiación de la cultura y de uno mismo, en construir conocimientos y en construirse, dicha tarea requiere del máximo posible de comunicabilidad para ofrecer las alternativas (en determinado contexto, con los recursos disponibles, entre los seres que dan sentido a todo) a esa apropiación y a esa construcción.

Lo más terrible que le puede suceder a un educador (y a una institución educativa) es desentenderse del aprendizaje de sus estudiantes. Esto sucede demasiado a menudo. Es el caso generalizado de no pocos cursos de la secundaria y de la universidad. Entre una lección, otra, otra y otra, y una prueba parcial o final, existe algo que se llama aprendizaje. Cuando el educador (y la institución) no se preocupa por ello, está dejando de lado todo el sentido de su práctica.

Pues bien, el aprendizaje se facilita cuando el contexto en que se produce es rico en comunicación. No es lo mismo dejar abandonado a alguien a sus fuerzas que tender puentes entre su historia, sus percepciones y lo que deberá ser aprendido. La mejor manera, la más hermosa, de construir puentes en educación es a través de la comunicación.

Puentes en las relaciones presenciales, en los materiales didácticos, en el uso de medios, en la salida al contexto, en la tarea grupal, en la comunicación con uno mismo.

Retomemos el extremo contrario, tan criticado y tan presente todavía. Me refiero a un sistema en el cual la comunicación se reduce al mínimo, es decir, a la palabra monocorde del educador, a tomar notas de sus palabras y de algún texto, a repetir lo escuchado y leído a la hora del examen, a olvidar pronto todo eso porque no queda nada ni en el corazón ni en el alma.

De una concepción semejante se desprenden algunas conclusiones:

1. Si les doy todo a los estudiantes, si nada puedo esperar de ellos, de su experiencia, de su historia, de sus percepciones, parto de un terrible supuesto: no hay diferencias entre ellos. “Todas las tablas rasas, afirma Ignacio Pozo, se parecen”.

2. En la medida en que son todos iguales, caigo rápidamente en la tentación de darles siempre lo mismo. Tengo un ejemplo personal: un profesor de la universidad conocido porque desde once o doce años atrás venía repitiendo lo mismo, mediante la lectura de un viejo, amarillo, cuaderno. Cuando me tocó soportarlo tenía yo 21 años, era en 1963, eran tiempos en que todo cambiaba hasta el vértigo, y él seguía repitiendo lo mismo que había dicho a generaciones de la década del 50. El discurso educativo pierde así la capacidad de novedad y de relación con la vida.

3. Resulta así más importante mi palabra, y la de los textos, que la vida y el aprendizaje de esos jóvenes. La comunicación se centra en materias y no en seres humanos.

4. Sobreviene un necesario empobrecimiento de las relaciones, una entropía comunicacional que reduce al mínimo la comunicabilidad.

La comunicabilidad

Entiendo este concepto como:

> La máxima intensidad en las relaciones presenciales, grupales, con el contexto, a través de los materiales didácticos y diferentes medios, y con uno mismo.

Y entiendo *máxima intensidad* como:

> Un sentirse bien con el otro, con los otros, entusiasmado, contenido, sereno, inmerso en un ambiente de seguridad pedagógica, respetado, reconocido en los propios tiempos y en las propias percepciones.

La máxima intensidad desde todos los elementos que dan sentido a un acto educativo:

→ el estudiante
→ el educador
→ la institución
→ los materiales y recursos de aprendizaje

La comunicabilidad en el estudiante se produce cuando se le abren caminos para que emerjan sus expresiones y percepciones, es decir, para que se manifieste en un aula, por masiva que sea, la diferencia.

La comunicabilidad en el educador se produce cuando es dueño de lo que con Francisco Gutiérrez hemos denominado la *madurez pedagógica*:

> Ser dueño del tema, de la cultura general y de los recursos expresivos (verbales, gestuales, a través de distintos medios) para interactuar con el otro desde él, para tender los puentes necesarios entre temas, cultura y quienes deberán aventurarse a construir a partir de ellos.

La comunicabilidad en la institución se produce cuando se abren en ella espacios de convivencia y de interacción, cuando los espacios están llenos de sentido, entendido como lo que tiene un sentido para mi vida.

La comunicabilidad en los materiales y recursos de aprendizaje se produce cuando son elaborados para que pueda mantenerse un diálogo con ellos, para sentirlos cercanos y no muros de exclusión, para que permitan ir desde ellos a otros seres y materiales, al contexto y a uno mismo.

La comunicabilidad con uno mismo se produce (en el estudiante y en el educador) cuando estoy inserto en un sistema de enseñanza-aprendizaje que me permite partir de mi experiencia, revalorizar mi pasado, mis recursos expresivos, mis percepciones, mis sueños, para involucrarlos con fuerza en el acto educativo.

El muro

Todo lo anterior nos lleva a una conclusión: los educadores somos seres de comunicación, los sistemas educativos son sistemas de comunicación, los materiales educativos son materiales de comunicación, los estudiantes son seres que crecen en la diferencia y en la comunicación.

Es éste el ideal, nuestra utopía pedagógico-comunicacional.

Pero muchos sueños se estrellan contra:

→ el muro de la violencia
→ el muro del autoritarismo
→ el muro de la fatiga
→ el muro del desaliento
→ el muro del discurso institucional

No hay comunicabilidad posible en la violencia. Y se ejerce violencia por igualamiento forzado (todos están igualmente vacíos, sólo cuentan los contenidos con los cuales llenarlos), por humillación, por exclusión, por empobrecimiento en la vida y en las relaciones, por ausencia de alegría y de entusiasmo.

El autoritarismo corresponde no sólo a un sistema, sino también a seres, en el cuadro tan difundido de la personalidad autoritaria. Se ejerce violencia cuando no se soporta la risa ajena, cuando todo se lo quiere limitar por miedo y desconfianza en el otro (sé de un docente que caracteriza el aula como un campo de batalla y dispone sus estrategias para vencer siempre... al estudiante), cuando en el fondo se odia a los jóvenes.

El muro de la fatiga cierra el camino a la comunicabilidad porque uno puede sacar fuerzas de donde ya no van quedando y hacen falta fuerzas, renovadas energías para mantener la preciosa tensión de la comunicación en un aula. No es con educadores obligados a sobrevivir como se puede sembrar en las aulas la comunicabilidad.

Ligado a la anterior, el muro del desaliento, que a menudo viene confundido con enfermedades, con la ausencia de voluntad para seguir adelante en esta tarea de comunicar siempre y por todos los medios. El desaliento tiene causas sociales, pero también individuales. Uno no puede cumplir indefinidamente con algo que no le gusta, y menos cuando se trata de estar inmerso en lo comunicacional.

El peso de la tradición del discurso institucional aparece a menudo como un muro para la comunicabilidad. Conozco muchas experiencias en las que una docente intentó cambiar la situación de entropía comunicacional, al menos en su aula, y cayó en las sanciones de la conducción. Hemos vivido largo tiempo en no pocos establecimientos un discurso despersonalizado, alejado de la vida y del aprendizaje, pleno de lugares comunes y de intentos de mostrar el contexto como si fuera siempre el mismo y como si cada joven y cada generación de ellos fueran siempre las mismas.

La comunicabilidad no es sencilla, exige mucho más que las rutinas capaces de reducir al mínimo interacciones y expresiones. Cuando uno opta por la comunicabilidad, lo hace por un camino difícil, en el cual se compromete más energía y más esfuerzo, pero a la vez se vive con todo el ser la condición de educador.

La enseñanza de la comunicación

Ingresé, desde el periodismo, como docente a una escuela de periodismo en 1968. Desde entonces no he dejado mi trabajo con ese tipo de establecimiento y no he dejado de defenderlos, y por eso mismo los he criticado con toda fuerza en no pocas oportunidades.

Desde tales instituciones, la historia de la relación entre la comunicación y la educación ha sido la historia de un vacío, con algunas pocas excepciones, como por ejemplo el Instituto Superior de Comunicación Social y La Crujía. Puedo traerles docenas de planes de estudios y de salidas profesionales en las cuales no aparece una sola referencia a la educación como espacio de reflexión y de posible trabajo.

Hay una primera explicación: la tendencia a vincular esa enseñanza a los medios de comunicación. No negamos el valor de éstos ni la necesidad de formar cuadros para ellos. Pero sucede que en su espacio no se agotan para nada las necesidades y demandas comunicacionales de la sociedad.

Hay una segunda: la falta de relación de los docentes con la educación. Parte de esto viene de la práctica y parte de ciencias en las cuales no siempre se ofrece una formación para enseñar. Este fenómeno se produce en la universidad en general, pero en el caso que nos ocupa es más llamativo por esa unión entre prácticos del periodismo y gente venida de las ciencias sociales en general.

Y hay una tercera: el peso de las reflexiones sobre la relación comunicación y educación se situó durante más de dos décadas en la educación popular y no en la educación sistemática. Con un agravante, cuando hubo relaciones con esta última fue desde los viejos esquemas de la tecnología educativa, que desde la creencia en la incorporación de recursos audiovisuales y desde la psicología conductista, no abrió espacios para pensar lo comunicacional en toda su amplitud. (Cabe recordar que la tecnología educativa ha seguido su camino y ha entroncado en estos últimos años con los aportes de la informática, por lo que no podemos dejarla fuera en un análisis de este tipo).

Lo cierto es que quienes nos dedicamos a la comunicación y la educación en el contexto latinoamericano no fuimos muchos y tampoco abundaron las ofertas de formación orientada hacia los sistemas formales y no formales.

Ello no quiere decir que no hayamos abierto un ámbito de acción y de discusión. En lo personal me inscribo en lo que denominamos la *comunicación educativa*, expresión que plantemos para aludir a una opción frente a la comunicación mercadológica (digo *opción* y no guerra) y frente a la educación tradicional, tal como la caracterizamos más arriba.

Frente a la mercadotecnia apostamos todo por el aprendizaje y nos negamos a confundir la escuela con una empresa comercial (hay autores que nos vienen a hablar del educador como un vendedor y del estudiante como un cliente). La educación es demasiado seria como para hacerla depender a su interior (y mucho menos a su exterior) de los juegos del mercado.

Frente a la educación tradicional apostamos por la comunicabilidad, porque los seres crecemos y aprendemos en la comunicación y no en la violencia y en las distancias.

La demanda

Puesto que el sistema educativo abarca desde el ciclo inicial hasta el postgrado en las universidades, estamos frente a dos grandes líneas de formación en relación con lo comunicacional:

- ⇒ la de todos los educadores, cualquiera sea su inserción en el sistema
- ⇒ la de los docentes de comunicación para atender las vertientes específicas de comunicación

La primera no es sencilla. De lo que vengo viendo de la formación ofrecida a los docentes para su reconversión, el peso de lo comunicacional no es el que quisiéramos. Hay progresos, sin duda, en lo que se refiere al desarrollo de la capacidad de gestión y a la profundización en los procesos de enseñanza aprendizaje, pero nos falta una profunda discusión y las propuestas de formación, en torno a los alcances de la comunicabilidad.

La segunda nos convoca a esta reunión. ¿Cómo formar a los educadores directamente relacionados con la comunicación, que piden los espacios abiertos por la Ley Federal de Educación? Si vamos avanzando hacia la implantación del tercer ciclo y la educación polimodal, ¿qué capacidades nos harán falta para cubrir nuevas demandas del sistema?

Veamos algunas de esas demandas:

> En el Tercer Ciclo lo comunicacional aparece sobre todo en el área de Lengua: manejo de códigos, el valor de la información, análisis crítico de mensajes, análisis y producción de imágenes, uso de la información y su presentación a través de distintos formatos. También hay cuestiones comunicacionales en las Ciencias Sociales y en Ética y Ciudadana, en especial como contenidos procedimentales, a través de materiales de revistas, producción de audiovisuales...
>
> En el polimodal aparecen en la formación básica contenidos conceptuales vinculados a la teoría de la comunicación y la comunicación masiva. En los procedimentales figuran la concepción y la producción de discursos, la lectura crítica, los recursos para el conocimiento de la realidad social, el desarrollo de la comunicación oral y escrita. Y, además, los lenguajes artísticos y comunicacionales en artes plásticas y música, la comunicación en la gestión organizacional, sociedad, cultura y comunicación. En fin, todo el ámbito del área específica de comunicación, arte y diseño.

Necesitamos docentes para cubrir todas esas áreas, sea de manera directa o bien en el trabajo interdisciplinario.

Llegará un tiempo en que los comunicadores sociales dejaremos de andar pidiendo permiso para ser alguien en el concierto de la educación y de las ciencias. Para ello necesitamos trabajar mucho y en serio.

La formación

Necesitamos alguien formado en la comunicación en dirección a la comunicabilidad y a la vez con una preparación en los fundamentos de la educación, todo esto orientado al Tercer Ciclo y al Polimodal (también podemos pensar en ambas direcciones cuando nos proponemos la orientación hacia la educación popular).

En la primera dirección planteamos las siguientes necesarias capacidades:

- → de expresión a través del discurso verbal, escrito y oral
- → de expresión a través de la corporalidad y de las imágenes
- → de expresión a través de las nuevas tecnologías de la información
- → de expresión a través de los recursos comunicacionales de y en distintos medios
- → de lectura de distintas situaciones de comunicación
- → de lectura crítica de sus propios mensajes y de los ajenos
- → de localización, procesamiento y comunicación de información
- → de planificación de proyectos comunicacionales
- → de gestión de la comunicación en instituciones públicas y privadas
- → de intervención en espacios con necesidades de comunicación, como la salud, la educación, los sectores desfavorecidos de la población, entre otros
- → de investigación de la comunicación en lo que se refiere a las necesidades y demandas y perfiles comunicacionales de diferentes grupos de interlocutores.

Estas capacidades no se improvisan o se concretan a través de una materia suelta. Para desarrollar la capacidad de expresión, por ejemplo, hace falta expresarse durante todos los años de una carrera.

Hemos asistido durante décadas a la discusión en torno a la formación de los comunicadores. Para nosotros la base fundamental pasa por la capacidad de comunicar, después vendrá todo lo demás. De lo contrario caemos en caricaturas, como la de un comunicólogo que pretende planificar la comunicación y no sabe redactar con coherencia tres páginas.

Me ha preocupado siempre lo que los estudiantes se llevan de nuestras carreras. Sin duda no podemos darles todo, pero tampoco nos corresponde sentirnos satisfechos si ofrecemos a la sociedad egresados incapaces de abrirse camino en la profesión por carencias elementales.

No se puede aspirar a un buen docente en comunicación si el mismo no es en primer lugar un buen comunicador. Esto toca a la esencia del acto educativo, y más aún cuando de nuestras escuelas y facultades se trata.

Cuando optamos por el profesorado se nos abre una segunda línea de trabajo. Si todo educador necesita conocer a fondo a quienes dedicará sus esfuerzos, nos situamos de lleno en nuestro caso con los púberes y los adolescentes (Tercer Ciclo y Polimodal). ¿Qué sabemos de ello? ¿Qué de su cultura y de sus maneras de comunicarse? Si no hemos transitado por sus caminos mal podemos aspirar a ser docentes en comunicación de ellos.

Necesidad inicial y básica:

⇒ Cultura de los nuevos púberes y adolescentes.

El mundo del sistema educativo no es el de los medios ni tampoco el de las organizaciones no gubernamentales. La escuela tiene una lógica interna, que estamos tratando de cambiar, ligada a la administración y a la gestión escolar. Es preciso conocer ese mundo y pensarlo desde el punto de vista comunicacional.

Segunda necesidad de capacitación:

⇒ La organización escolar, la planificación y la gestión dentro de ella, siempre desde el punto de vista comunicacional.

La educación tiene una riquísima historia, entretejida a lo largo de siglos, con todos sus avances, retrocesos, estancamientos y contradicciones. Nos corresponde conocer dónde estamos parados en la historia de la educación, cuáles fueron sus antecedentes, sus momentos más importantes. Pienso, por ejemplo, en el impulso dado por la escuela nueva. Mal puedo educar si no tengo idea de cómo el estudiante aprende.

Tercera necesidad de capacitación:

⇒ La historia de la educación y sus grandes momentos, con especial referencia a lo que sucede en nuestro siglo con las corrientes pedagógicas y las teorías del aprendizaje.

La estructura del Tercer Ciclo y del Polimodal responde a una determinada manera de ver la educación y a sus beneficiarios. No es bueno en estos tiempos mantener el criterio de una materia totalmente descontextualizada de las otras, como si uno estuviera solo en el sistema educativo.

Cuarta necesidad de capacitación:

⇒ El sistema educativo argentino, con especial referencia al Tercer Ciclo y al Polimodal. La ubicación de lo comunicacional en esos dos niveles, las relaciones con otras disciplinas, con el arte, la organización institucional y la tecnología. El trabajo interdisciplinario desde el campo de la comunicación.

No se puede educar si no se conoce cómo hacerlo, cómo organizar una clase y planificar una materia a lo largo de un año, cómo trabajar con las distintas instancias de aprendizaje, cómo evaluar, cómo apartarse de los sistemas tradicionales para dar paso a la comunicabilidad.

Quinta necesidad de capacitación:

⇒ Las relaciones de enseñanza aprendizaje, con todo lo que ellas implican.

Si combinamos ambas vertientes, la comunicacional y la educativa, nos queda un espacio de capacitación complejo y riquísimo, orientado hacia la comunicabilidad y hacia la mejor relación con los estudiantes.

Volvamos ahora la mirada a una institución dedicada a formar docentes para la comunicación.

La institución educativa

¿Cómo imaginar una escuela formadora de nuestros docentes en comunicación?

Cuando uno formula una pregunta semejante, de inmediato pasan a primer plano los docentes y la estructura misma del establecimiento. Detengámonos en los primeros.

En general una escuela es lo que son sus educadores. Hemos escrito una y otra vez lo siguiente:

No se puede enseñar como no se ha aprendido.

En lo que toca a nuestra historia, el aprendizaje al que fuimos sometidos viene a contradecir, en general, las aspiraciones de comunicabilidad y de trabajo en favor de la diferencia y de las distintas instancias de apropiación de la cultura y de uno mismo.

Planteado un ideal como el de las capacidades mencionadas más arriba, ¿de dónde sacaremos los docentes que abrirán espacios para que ellas sean posibles?

Le corresponde a una institución que quiera formar comunicadores de primera línea trabajar con la capacidad de comunicación, con la comunicabilidad, de sus docentes. Digo trabajar, no buscarlos como si fuera posible reunir a los mejores. La comunicabilidad se va construyendo si la escuela da lugar a una tarea de capacitación permanente. Capacitación de los docentes en comunicación para que ellos puedan promover y acompañar el aprendizaje de la comunicación. Capacitación de todos los docentes, desde los que vienen de la profesión, hasta los que ofrecen las ciencias que no tendrían que ocuparse de lo comunicacional.

Ambiente comunicacional. Esto significa un establecimiento en el cual se respira esa tarea de comunicarse por todos los poros, sea desde la institución, en las aulas, en los talleres, en los laboratorios de medios.

Ambiente que toca de inmediato, si se lo juega a fondo, lo educativo en el sentido de la ruptura con los esquemas tradicionales. Es decir, en un ambiente comunicacional lo que primero salta a la vista es la diferencia, provocada por la apertura de oportunidades para la expresión. No se puede educar a futuros comunicadores sin una comunicación presente, y ello implica dejar en el pasado la clase tradicional, el empecinamiento en dejar todo en la voz del docente.

Acceso a medios y a experiencias comunicacionales. El ideal es el equipamiento para producir mensajes. Y sumado a ello la posibilidad de trabajar directamente con experiencias, produciendo para alguien en determinada situación de comunicación.

La comunicación no es una teoría, es un espacio práctico de la vida de millones de seres, que requiere de una inmersión en el hacer, sin dejar de lado el apoyo y el aporte de los conceptos. No me puedo pasar un año hablando sin dejar que el alumno pruebe su expresión, se equivoque en ella, dialogue con posibles interlocutores, se asome al mundo de la prensa, arriesgue una propuesta audiovisual o un discurso educativo.

El hacer, entonces, la planificación materia por materia, año a año, de las prácticas que nos permitirán ofrecer a los jóvenes oportunidades de aprendizaje con todas las instancias posibles.

La mayor responsabilidad de un educador, y de una institución, es por lo que le hace hacer al estudiante para que aprenda.

Una práctica volcada al desarrollo de todas las capacidades, o de aquellas por las que se opte para lograr un comunicador educador.

Daniel Prieto Castillo
Mendoza, Junio de 1997